

12001

VIVIR MURIENDO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSÉ SANCHEZ-ARJONA



MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

1878

6

VIVIR MURIENDO.

OBRAS DE JOSÉ SANCHEZ-ARJONA.

ENSAYOS POÉTICOS.—(Agotada.)

SUSPIROS Y LÁGRIMAS.—(Agotada.)

POESÍAS LÍRICAS Y LA VÍRGEN DE LA SERVILLETA.—
(3.^a edición.)

PEQUEÑAS HISTORIAS.—(Edición de lujo.)

¡GUERRA!

CANTOS Y CUENTOS.

DRAMÁTICAS.

PADRES ANTE TODO.—Cuadro dramático en un acto y
en verso.

LA CIENCIA DE LAS MUJERES.—Comedia en un acto y
en verso.

¡NI EN ÁFRICA!—Apropósito en un acto y en verso.

VIVIR MURIENDO.—Drama en tres actos y en verso.

VIVIR MURIENDO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSÉ SANCHEZ-ARJONA



MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

1878

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de *Don Eduardo Hidalgo*, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ADVERTENCIA.

En la temporada teatral de 1873 á 1874, se presentó este drama,—si bien con el título de *La expiación* y en dos actos,—al jurado literario del teatro de Cervantes de Sevilla, compuesto de D. Máximo Reinoso, D. Manuel Zarzuela y D. Francisco Escudero y Peroso (Q. E. P. D.), y por indicacion de dichos señores, se decidió el autor á introducir en él algunas modificaciones, como así lo verificó.

A fines de la temporada de 1876 á 1877, fué presentado en el teatro Español de esta corte, en la forma que ahora se da á la estampa; pero los compromisos contraídos por la Empresa hicieron que se difiriese su estreno hasta este año, en el que, al leerse para proceder al reparto de papeles, los prudentes consejos de personas respetables y conocedoras *de las especiales circunstancias* que concurren en esta obra, han inducido á su autor, áun en contra de los deseos de la Empresa, á retirarla del teatro y á imprimirla, en la forma que lo hace, á

fin de desvanecer ciertas dudas manifestadas por la prensa sobre la originalidad de una comedia estrenada en la temporada anterior — 1877 á 1878 — y escrita por un jóven que durante algun tiempo cultivó la amistad y frecuentó la casa del autor de **VIVIR MURIENDO.**

Madrid.— Diciembre de 1878.

Á

DON EDUARDO MEDINA

Su amigo

EL AUTOR.

675322

PERSONAJES.

ENRIQUE (39 años de edad).

EL MARQUÉS (41).

LA MARQUESA (33).

ELISA (15).

RAMONA (25).

La acción en nuestros días.

ACTO PRIMERO.

Salon en la casa del Marqués, adornado con lujo y elegancia. Puerta al foro, dos á la izquierda y dos balcones á la derecha. A los lados de la puerta del foro dos retratos al óleo; el de la derecha, el de la madre del Marqués. Entiéndase derecha é izquierda las del actor.

ESCENA I.

ELISA y RAMONA.

(Ramona está terminando de poner una flor ó adorno en el tocado de Elisa.)

ELISA. ¿Qué tal?

RAMONA. Está usted divina,
 celestial.

ELISA. ¡Aduladora!

 ¿Crees que así le he de gustar?

RAMONA. ¿A quién?

ELISA. A él.

RAMONA. Hola, hola,
 y quién es él?

ELISA. ¡Qué pregunta!

 Mi protector. ¿Y á qué otra
 persona, si no es á él
 y á su mujer, que amorosa
 como una madre me quiere,

y á quienes yo debo toda
mi ventura y cuanto tengo,
gustar puedo?

RAMONA. Toma, toma.

ELISA. No te entiendo.

RAMONA. Señorita,
usted es muy niña ahora,
y áun ignora lo que es
ser amada, esto es, ser novia.

ELISA. ¿Tú lo sabes?

RAMONA. A Dios gracias
no lo he sido una vez sola;
que caras, como esta cara,
que á caro precio se logran,
siempre tienen mil golosos
que su dominio ambicionan.

ELISA. ¿Y cómo no te has casado?

RAMONA. ¿Pues acaso estoy yo loca?
Yo me casaré algun día,
que no nací para monja:
pero tardará. No quiero
hacer lo que casi todas,
que apénas se acerca un hombre
en seguida... Buenas tontas.
Piensan ellas que el casarse
es muy fácil, y son pocas
las que tienen la fortuna
que ha tenido mi señora
con encontrar un marido...

ELISA. Qué?

RAMONA. Que ni á pedir de boca.

Y qué verdad, señorita,
es que siempre en estas cosas,
como en todas, las que ménos
lo merecen son...

ELISA. ¡Ramona!

- RAMONA. No; ya sé que la Marquesa es muy buena y virtuosa, que hace una vida ejemplar; mas apuesto cualquier cosa á que no quiere al Marqués como él quiere á la señora.
- ELISA. ¿Y por qué no?
- RAMONA. Vaya, vaya. Pues ni que fuese una boba que se chupase los dedos. Fíjese usted en sus obras. Él con obsequios la abrumba y ella siempre desdeñosa; él busca su compañía y ella procura estar sola; y en fin, que si se pudiera ver el corazón...
- ELISA. Ramona, que basta digo.
- RAMONA. Está bien; no volveré á abrir mi boca, pero es lo cierto que ella como debe no se porta, y aunque es de virtud modelo...
- ELISA. ¿Quieres callar, habladora?
- RAMONA. ¿Habladora yo? Sí, sí. ¡Hablar! ¡A buena persona viene usted con eso; vamos! ¡Hablar yo! ¡Cuando no hay cosa que más me choque en el mundo que una mujer habladora! Siento pasos: la Marquesa. ¡Siempre tan triste y llorosa! Lo que es la pícara suerte; si yo tuviera las onzas que ella tiene y un marido

como el suyo , que la adora,
¡ ay ! me pasaba una vida
que ni una reina. (Váse por el foro.)

ELISA. ¡ Qué loca !
En tomando la palabra
charla más que una cotorra.
(Se sienta á bordar en la butaca de la derecha.)

ESCENA II.

ELISA y la MARQUESA vestida de negro.

MARQUESA. Se sienta en la otra butaca sin reparar en Elisa.)
(¡ Qué noche, cielos, que noche,
qué terrible pesadilla!...
Aún parece que le veo...
que me nombra, que me mira...)

ELISA. (Sin duda no ha reparado.)

MARQUESA. (Era, sí, su imágen misma,
su mismo ademán, sus gestos.)

ELISA. Ején, ején... Buenos dias.

MARQUESA. ¿ Quién es? (Sobresaltada.)

ELISA. Yo.

MARQUESA. No habia notado.
Ven, dame un beso, hija mia.

ELISA. Y ciento y mil y un millon.
¡ Cuánto te quiero! (Con cariño.)

MARQUESA. Loquilla.

ELISA. Hoy estás mucho más pálida.

MARQUESA. No estoy bien.

ELISA. Con tu manía
de no ver, ni hablar á nadie,
y de estar aquí metida
siempre, llorando ó rezando,
nos darás el mejor dia
un disgusto; estás enferma,

y si al fin tú no te cuidas,
si en lugar de distraerte
sigues con la misma vida,
te pondrás mucho peor
y al cabo...

MARQUESA. Pero, hija...

ELISA. ¿Por qué has llorado esta noche?
Vamos, nada de mentiras
y dime lo que te pasa.

MARQUESA. Ven aquí. (Sentándola á sus piés.)

ELISA. Ya estoy.

MARQUESA. Elisa,
¿me quieres mucho?

ELISA. Sí; mucho.

MARQUESA. ¿De veras?

ELISA. ¿Acaso abrigas
dudas de que yo te quiero
con el alma y con la vida?
¿Crees que á tantos beneficios
como te debo, podría
ser ingrata? Tú me has dado
mi bienestar y mi dicha;
tú á la miserable huérfana
tendiste una mano amiga;
y sus lágrimas secando,
amorosa y compasiva,
no has visto en ella una extraña;
que has visto en ella una hija.

MARQUESA. Hacerlo así prometí
á tu madre.

ELISA. ¡Madre mia!
¡Mi madre! Cuando la nombro
siento un placer, una dicha.
Yo no pude conocerla.

MARQUESA. Sucumbió al darte la vida.

ELISA. ¿La querrías mucho?

MARQUESA. (Con amargura.) Mucho.

Era mi mejor amiga.

ELISA. ¿Y al cabo de tanto tiempo
la recuerdas?

MARQUESA. Hija mia,
su recuerdo siempre vivo
le conservo ante mi vista;
recuerdo que, áun siendo hermoso
y puro, me martiriza.

(Besa la frente de Elisa con cariño.)

Cuando murieron mis padres
aun era yo casi niña,
si bien ya en mis tristes ojos
á veces brillar solian
esos destellos purísimos
de la juventud florida.

Fué entónces tu pobre madre
mi consejera solícita,
y siendo mi solo apoyo
fué tambien mi sola amiga.

Las dos juntas trabajábamos
sin cesar de noche y dia;
nuestros pesares iguales
nos eran y nuestras dichas;
uno mismo nuestro anhelo,
nuestra ventura una misma,
y unidas por fuerte lazo
nuestras dos almas vivian.

¿Cómo, pues, no ha de llorar
solitaria el alma mia,
hoy, al recuerdo sagrado
de su compañera antigua,
que no gozó en este mundo
ni un solo instante de dicha?

ELISA. ¿Pues cómo?

MARQUESA. Nunca pretendas

saber, Elisa querida,
la causa de sus pesares,
el motivo de sus cuitas.

ELISA. ¿Y por qué?

MARQUESA. Porque ya ha muerto
la que decirlo podría;
y porque existen misterios
que no comprende una niña.

ELISA. ¡Pobre madre! Si aún viviera,
con qué placer, con qué dicha
yo sus penas consolara
tornándolas alegrías.

MARQUESA. ¡Hija de mi corazón! (Abrazándola.)

ELISA. ¡Madre!

MARQUESA. ¡Cuánto te quería!

(Pausa.)

Basta de llantos, y hablemos
de otras cosas. Hace días
que no me enseñas tus flores.
¿Hay algo nuevo?

ELISA. Quería
prepararte una sorpresa.

MARQUESA. ¡Una sorpresa!

ELISA. Sí, mira;
ayer á abrir comenzaron
dos camelias ¡lo más lindas!

MARQUESA. ¿Y pensabas...?

ELISA. Regalarlas;
una á tí y otra á mi amiga
Enriqueta, que se casa
esta noche, y yo quería
regalarla algo. Me ha escrito.
Si vieras cuanto me insta
para que esta noche vayamos
á su casa. ¿Irémos?

MARQUESA. ¡Hija,

- lo que tú quieras se hará.
- ELISA. (Besándola.) ¡Cuánto te quiero! Anda, mira, vamos á cortar las flores y elegirás.
- MARQUESA. No, no, Elisa, una para tí, y la otra para Enriqueta tu amiga.
- ELISA. Bueno, ya hablaremos de eso. Apóyate, madre mia.
- (La Marquesa se coge del brazo de Elisa y salen por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

EL MARQUÉS y RAMONA por el foro.

- MARQUÉS. Ramona, dí á tu señora que aquí la estoy esperando para hablarla.
- RAMONA. Voy volando.
- (Váse por la primera puerta de la izquierda.)
- MARQUÉS. Sí, es necesario, ya es hora de poner de cualquier modo remedio á su malestar; mas es preciso indagar ántes la causa de todo.
- (Pausa.)
- ¿Por qué del placer huyendo,
triste, sola y afligida,
ve deslizarse su vida,
si es vida *vivir muriendo?*
¿Qué origen tiene su llanto?
¡Y por qué siendo tan buena,
á padecer me condena,

queriéndola tanto y tanto!

(Pausa.)

Yo, que en su cariño un día
cifré mi paz y ventura,
hoy sufro eterna tortura
viendo su eterna agonía.
Céese al cabo esta ansiedad
y esta duda en que me abismo,
y sepa por fin hoy mismo
toda, toda la verdad.

ESCENA IV.

MARQUÉS y MARQUESA por la izquierda.

MARQUESA. ¿Qué me quieres?

MARQUÉS. Te llamé,
porque hablarte aquí un momento
quisiera. Mas toma asiento.
No temas; breve seré. (Se sientan.)
Escúchame, y si esta historia
llegaste acaso á olvidar,
déjamela recordar
y grábala en tu memoria.
En una calle apartada
y en una casa sombría
una huérfana vivía
de todos abandonada.
De belleza era un dechado
y por honrada y hermosa
hacerla quiso su esposa
un hombre amante y honrado.
Él, al hacerlo, juzgó
que iban á ser venturosos
por siempre los dos esposos...

MARQUESA. (Suplicante.) Andrés...

MARQUÉS. Mas se equivocó. (Con amargura.)
Convertir en paraíso
su casa pensaba.

MARQUESA. (Idem.) Andrés...

MARQUÉS. Se casaron, y despues...
despues...

MARQUESA. (¡Ah!)

MARQUÉS. Dios no lo quiso.

Él dióle hacienda cuantiosa
y un nombre ilustre y honrado,
y la amó, como no ha amado
ningun esposo á su esposa.
Cariñoso procuró
darle cuanto poseía...
¡Verla dichosa quería
y nunca lo consiguió!
¡Que en sus ojos siempre el llanto
ha mirado con enojos,
y están sus párpados rojos,
cansados de llorar tanto!
Si yo la causa, hasta ahora,
he sido de esa afliccion,
te pido humilde perdon;
cése, cése ya en buen hora.
Y á ese ángel puro, que el cielo
á nuestro hogar trajo un día,
no mostremos todavía
las miserias de este suelo.
Que si huérfana en tu hogar
por tí amparada la hallé,
al unirnos, te juré
tambien por ella velar.
Sin conocer las pasiones
viles, que pueblan el mundo,
su alma alienta en el fecundo

cielo de las ilusiones.
En él con dulce placer
alentaba el alma mía,
cuando por su mal un día
dió su amor á una mujer.
Que en mi juvenil candor,
en mi amante frenesi,
yo mi cariño la dí
cual da su aroma la flor;
y ¡ay de la flor trasplantada
á un yermo campo infecundo!
¡ay del alma que en el mundo
adora sin ser amada!

MARQUESA. Al olvido ni un momento
yo tus favores he dado,
y por ellos te he guardado
eterno agradecimiento.

MARQUÉS. Agradecimiento, sí,
pero es mayor mi ambicion;
al darte mi corazon
cariño en cambio pedí.
Cariño, dulce consuelo
que el alma busca afanosa;
santo cariño de esposa
que hace de la tierra un cielo.
Y te quise con locura
y ciego te idolatré,
y en tu puro amor cifré
mi porvenir, mi ventura;
y tú en cambio al pecho mio
destrozas con tu rigor,
pagando mi eterno amor
con un eterno desvío.
Díme, dime, por piedad
la causa de tu quebranto,
el origen de tu llanto,

la razon de tu crueldad.
Dímelo, que yo prefiero
la verdad.

MARQUESA. ¡Qué desvarío!
¿Pues no sabes, Andrés mio,
que soy feliz y te quiero?
¿Y que tan agradecida
te estoy, que por tu reposo,
y por hacerte dichoso
diera gustosa mi vida?
¿Y que son necios antojos
los que tú juzgas agravios?

MARQUÉS. En vano tratan tus labios
de desmentir á tus ojos;
que en ellos cien veces ví
reflejarse tu quebranto,
y al través de acerbo llanto
tus dolores sorprendí.
Por eso quiero poner
término al mal con que lucho;
¡yo te quiero mucho, mucho,
para verte padecer!
Y aunque á mi alma afligida
maltratas tú de esta suerte,
quiere en cambio de la muerte
que le das darte la vida.
Y pues ya ni un punto cesa
la lucha sangrienta y ruda
del amor y de la duda
que se disputan su presa,
no te obstines en callar,
mira que á invadir mi mente
comienza duda inclemente,
¡y yo no quiero dudar!

ESCENA V.

Dichos y ELISA por la primera puerta de la izquierda.

MARQUÉS. Responde.

ELISA. (Apareciendo.) Padre.

MARQUÉS. ¿Quién?

ELISA. (Adelantándose.) Yo.

MARQUESA. (Ocultándose la cabeza entre las manos.)
(¡Ay de mí!)

ELISA. Que en todo el día
no he podido conseguir
echarte la vista encima,
por más que con mucho afán
te he buscado.

MARQUÉS. ¿Qué querías?

ELISA. Hazte ahora el desentendido
para que yo no te riña.
Te parece acaso justo
no anunciarnos la venida...

MARQUÉS. Ah, ya; ¿de mi hermano Enrique?
Ahora á decirlo venía.

ELISA. ¿Viene pronto?

MARQUÉS. Sí, esta tarde.

MARQUESA. No le conozco.

MARQUÉS. Á Manila
marchó ántes de nuestra boda.

ELISA. ¿Es aquel de quien decías
que por sus calaveradas
quedó mal con la familia?

MARQUÉS. Ya habrá sentado los cascós.
Cuando jóven no podía
nadie dél hacer carrera.
¡Era lo más quimerista
y lo más enamorado!

Refiriéronme hace dias,
aunque incompleta, la historia
de su amor con una chica
que conoció allá en la corte
siendo aún guardia marina.

MARQUESA. (Con interés.) ¿Guardia marina?

MARQUÉS. Sí tal.

La historia es bastante antigua.

MARQUESA. ¿Cuánto hará?

MARQUÉS. Diez y seis años.

MARQUESA. ¿Y él entónces contaría?

MARQUÉS. Veintidos.

MARQUESA. ¿Su nombre? (Con ansiedad creciente.)

MARQUÉS. Enrique.

¿Mas por qué tan intranquila
te muestras?

MARQUESA. No es nada, sigue.

MARQUÉS. Despues de haberla hecho víctima
de una mentida pasion
la abandonó.

MARQUESA. ¡Qué perfidia!

¿Y despues?...

MARQUÉS. De aquella historia

no sé más. Para Manila
marchó á causa de un disgusto
que tuvo con la familia.

Y enojado porque yo
le escribí que su ruina
labraba con su conducta,
me contestó en breves líneas,
que yo su vida dejara
y me metiese en la mia,
pues estaba ya muy harto
de consejos y de riñas.
Más tarde volví á escribirle,
y al ver que no respondia,

ni yo he vuelto á molestarle
ni tuve de él más noticias;
hasta que anoche recibo
una carta, en que me avisa
que hoy llegará con la escuadra,
y tal vez pueda unos dias
detenerse á nuestro lado.

ELISA. (A la Marquesa, con cariño.)
¿Cómo sigues, madre mia?
Hoy que tu cuñado viene
es menester que te vistas,
te compongas y te adornes,
que no está bien le recibas
tan desarreglada. Vamos,
anda ya, que su venida
no puede tardar.

MARQUÉS. Es cierto;
ya poco puede...

MARQUESA. Pero ¡hija!

MARQUÉS. Tiene razon: vé y arréglate,
y miéntras tanto, tú, Elisa,
cuida de que esté dispuesto
su cuarto, que la comida
la tengan pronta, y en fin,
arregla todo.

ELISA. Descuida.

MARQUÉS. Yo tambien voy ahora mismo
á esperarle.

ELISA. Mamaita,
¿vamos? Anda.

MARQUESA. Como quieras.

MARQUÉS. (¡Qué tormento!)

MARQUESA. (¡Qué agonía!)

(Vánse la Marquesa y Elisa por la primer puerta
de la izquierda.)

ESCENA VI.

MARQUÉS.

¿ Me será infiel mi mujer?
 ¡ Es una sospecha horrible!
 ¡ Deshonrarme ella!... Imposible.
 ¡ Tan buena!... No puede ser.
 Sin embargo, esa frialdad,
 ese desden, ese llanto,
 ese ocultar su quebráto...
 ¡ Dios mio, será verdad!

ESCENA VII.

MARQUÉS y RAMONA, por el foro.

RAMONA. Señorito, señorito.
 MARQUÉS. ¿ Qué ocurre?
 RAMONA. ¿ Qué? Que ya llega.
 MARQUÉS. ¿ Quién?
 RAMONA. El huésped.
 MARQUÉS. ¿ Dónde está?
 RAMONA. (Asomándose al balcon.)
 ¿ No le ve usted? Ya se apea.
 MARQUÉS. Corro á su encuentro. (Váse por el foro.)
 RAMONA. Caramba,
 tiene muy buena presencia,
 y...

ESCENA VIII.

RAMONA y ELISA por la primer puerta de la izquierda.

ELISA. ¿ Salió mi padre?
 RAMONA. Ahora mismo.

- ELISA. ¿Adónde fué?
- RAMONA. A la escalera,
á recibir al señor
que ha llegado.
- ELISA. Corre, vuela,
y avisa á mi madre.
- RAMONA. Voy.
- ELISA. Cuando esté la mesa puesta
avisa.
- RAMONA. Bueno, está bien.
- ELISA. Vamos, anda.
- RAMONA. (Dále, tecla.
Mire usted que es mucho cuento
que no dejan que siquiera
un instante...)
- ELISA. ¿No has oído?
- RAMONA. Voy, señorita.
(Váse por la primera de la izquierda.)
- ELISA. ¡ Qué flema!

ESCENA IX.

ELISA, MARQUÉS y ENRIQUE, con uniforme de oficial de marina.

- ENRIQUE. (Dentro.) Cuántas ganas de abrazarte
tenía ya, hermano mio.
- ELISA. Se acercan.
- MARQUÉS. Pues yo confío
en que no habrán de pesarte
los días que estés aquí.
- ENRIQUE. (Apareciendo en la puerta del foro.)
Soy de tu misma opinion.
¡ Hombre, soberbio salon!
(Reparando en Elisa.)
Señorita. (Ap. al Marqués.) Es tu hija?
- MARQUÉS. Sí.

ENRIQUE. (Con cariñosa expansion.)
 Sobrina, á mis brazos ven;
 que no es justo que á tu tío
 recibas con tal desvío
 cuando él te quiere tan bien. (Abrazándola.)
 No te llame la atencion,
 hija, mi ruda franqueza.
 ¡ Yo tengo poca cabeza,
 pero mucho corazon!

ELISA. (Turbada.) Yo... si usted...

ENRIQUE. Por Belcebú,
 á qué viene ese cumplido?
 Nada de usted, ¿lo has oido?
 Tienes que hablarme de tú;
 que aunque arrugado el pellejo
 tengo, que el viento curtió,
 aún viví muy poco yo
 para que me juzgues viejo.

ELISA. Yo no he querido...

ENRIQUE. Es en vano.
 Al pan, pan, y al vino, vino;
 que yo como buen marino
 soy muy rudo, soy muy llano.
 ¿Y tu esposa?

ELISA. Ya vendrá.

MARQUÉS. Vé y díla...

ENRIQUE. No molestarla.

MARQUÉS. Quizás no sepa...

ELISA. Avisarla
 mandé.

MARQUÉS. Vé á ver.

ELISA. Voy allá.

(Váse primera puerta izquierda.)

ESCENA X.

ENRIQUE y el MARQUÉS.

ENRIQUE. ¡Qué graciosa es y qué bella.
Contento estará su padre.

Y dime, chico, su madre
¿vale tanto como ella?

MARQUÉS. No la he conocido.

ENRIQUE. ¡Qué!

¿Te vas á reir conmigo?

MARQUÉS. Es cierto lo que te digo;
quién es su madre no sé.
Y esto que á tí, con razon,
te causa tal maravilla
tiene, á la verdad, sencilla
y fácil explicacion.
De mi esposa no he tenido
familia.

ENRIQUE. Y esa quizás

es...

MARQUÉS. Una huérfana no más
que en mi casa he recogido.
Niña sin padres quedó;
mi esposa, que conocia
á su madre, en la agonía
cuidar de ella le ofreció.
Más tarde, en su casa al verla,
me dió lástima, y sentí
tal compasion, que ofrecí
educarla y protegerla.
Cinco ó seis años pasó
en un colegio encerrada,
hasta que, ya terminada
su educacion, se volvió
á casa, donde la vemos

cual hija á quien adoramos,
y en su ventura gozamos
y con pasion la queremos.
Siendo mi amor tan profundo
hácia esa niña hechicera,
que sus caricias no diera
por todo el oro del mundo.

ENRIQUE. Envidio, hermano, tu suerte:
para tí son los placeres.

MARQUÉS. Pues qué, dichoso no eres?

ENRIQUE. Lo fuera hallando la muerte.
Que aunque alegre á cada instante
me mira el mundo gozar,
oculta un hondo pesar
la máscara del semblante.
Y de mi conciencia el grito
sofoco entre carcajadas
de amarga hiel impregnadas
y de dolor infinito.

MARQUÉS. No te comprendo.

ENRIQUE. ¿Y tú crees
que yo me entiendo? No tal.
Ves, en medio de mi mal
me estoy riendo; ¿lo ves?

MARQUÉS. ¿No tienes confianza en mí?
Nadie mejor consolarte
podrá.

ENRIQUE. Sí, voy á mostrarte
todo lo que guardo aquí.

(Señalando al corazon.)

Mi destino, harto inhumano,
me obliga á que calle, y yo
no puedo callar ya, no;
óyeme, escúchame, hermano.
Hoy esa niña al mirar
y al ver su porte sencillo,

ves, lloro como un chiquillo,
sin poderlo remediar.
Y es que al verla, estar mirando
me figuro á otra inocente
á quien yo, villanamente
de su cariño abusando,
la robé la única herencia
que en el mundo le quedaba...
¡Ay! ¡en vano me gritaba
con fuerte voz mi conciencia!
La mujer que, por su mal,
hallé en mi camino un día,
era muy pobre, vestía
rotos trajes de percal.
Sin galas, sin vano aliño,
mas honrada y candorosa,
era una mujer hermosa
con un corazón de niño.
Yo, que era dichoso al verla,
después que la deshonoré,
sin comprender el por qué
hasta llegué á aborrecerla.
Dudé de ella, dudé, sí;
y temí que otro cualquiera
fácilmente consiguiera
lo que me otorgaba á mí;
que siempre, tras lucha ruda,
un deseo satisfecho
brotar hace en nuestro pecho
junto al cariño la duda.
Sin comprender en mi error,
que la mujer que ama á un hombre
por él infama su nombre,
pero no vende su honor.
Marché á Manila, y á poco
que de una niña era padre

me escribió la pobre madre,
y yo, infeliz, como un loco,
aquella carta al leer
me reía, me reía,
y al mismo tiempo sentía
mi acerbo llanto correr.

MARQUÉS. ¿Y tú entónces?...

ENRIQUE. Yo pensaba

contestarle, mas dudando
de ella aún, se fué pasando
el tiempo y no contestaba;
y, con una saña horrible,
me sigue desde aquel día
su sombra unida á la mia
como fantasma invisible.
Y cuando ya arrepentido
escribir quise, fué en vano;
pregunté á todos, hermano,
y nadie de ella ha sabido.

(Con exaltacion creciente.)

Tal vez con amante afan,
presa de dolor profundo,
irá recorriendo el mundo
pidiendo un trozo de pan
para la hija de mi amor.

Porque es mi hija. ¡Sí, mi hija!

MARQUÉS. Cese tu queja prolija,
da treguas á tu dolor.

ENRIQUE. Y tal vez, hermano mio,
despreciadas sucumbieron,
y juntas me maldijeron
al morir de hambre y de frio.

(Pausa.)

Grande mi delito ha sido;
pero mi expiacion es tal
que al hombre más criminal

le hubiera ya redimido.
Años y años vivir
entre mil dudas luchando,
y entre sueños escuchando
siempre el eterno gemir
de la hija, que espiraba
olvidada de su padre,
y la voz de aquella madre
que una limosna imploraba
triste, por amor de Dios;
y, en medio de mi agonía,
verlas de noche y de día
maldiciéndome las dos.
Tú comprender no podrás
lo horrible de mi tormento...
¡Que un triste remordimiento
no te persiga jamás!
¡Si yo las pudiese ver,
si consiguiese mirarlas,
si al fin lograse encontrarlas!...
(La Marquesa y Elisa aparecen en la primer puerta
de la izquierda.)

MARQUESA. (Saludando.) Señores...

ENRIQUE. (Volviéndose hácia ella al oír su voz.) ¡Ah!

MARQUÉS. (Presentándola.) Mi mujer.

ESCENA XI.

Dichos, MARQUESA, ELISA, y despues RAMONA.

ENRIQUE. (Turbado.) (¡Ella!) Señora.

MARQUESA. (Idem.) (¡Dios mio,
era él!) Beso su mano.

MARQUÉS. (Observándola.)

(Se han turbado... No comprendo.)

RAMONA. (En la puerta del foro.)

La comida está esperando.

MARQUESA. (¡Él, hermano de mi esposo!)

ENRIQUE. (¡Ella, esposa de mi hermano!)

(El Marqués contempla con extrañeza la turbación de Enrique y la Marquesa.)

TELON.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion. Es de noche.

ESCENA I.

RAMONA y el MARQUÉS.

(Al alzarse el telon, Ramona se dirige al foro, al mismo tiempo que el Marqués aparece en la segunda puerta de la izquierda.)

MARQUÉS. Ramona.

RAMONA. ¿Qué manda usted?

MARQUÉS. ¿Y don Enrique?

RAMONA. Aún no ha vuelto.

Y la verdad es que ya
tenía sobrado tiempo
para haber ido y volver.

MARQUÉS. ¿Y la señora?

RAMONA. Allá adentro;
en su alcoba.

MARQUÉS. Está bien; véte.

RAMONA. (Aquí existe algun misterio.
Más triste que de ordinario
ella está, y por lo que veo
no está el señor más alegre.
¿Qué será? Yo he de saberlo.)

MARQUÉS. ¿No has oido que te marches?

RAMONA. Sí, señor. (Uf, malos vientos corren por aquí. Si, pues te juro que ó poco puedo...)
(Váse por el foro.)

ESCENA II.

EL MARQUÉS.

No sé, no se qué pensar,
y entre mil dudas vacilo.
¡Ella! ... ¡Mi hermano!... ¡Imposible!...
¡No puede ser!... Mas no atino
de su turbacion al verse
á explicarme los motivos.
Y no son éstos tan sólo
para mi mal los indicios.
Mientras duró la comida
los dos harto pensativos
y sin mirarse han estado.
Y la historia que aquí mismo
mi hermano me refirió...
Bien puede ser... ¡Ah! ¡Dios mio!
pues su corazon me ocultan
las sombras, cual hondo abismo,
haz que esas sombras disipe
de luz un reflejo tibio,
con que descubrirse pueda
la infamia de su delito;
y luégo, aunque en sombras quede
nada importa; que atrevido,
con los rayos de mis iras
he de incendiar ese abismo!
(Pausa. Dirige la vista en torno, y al ver el retrato
de su madre se adelanta á él.)

Madre mía, madre mía,
 tú que tanto me has querido,
 que hiciste por mí en el mundo
 los mayores sacrificios,
 hoy que me ves padecer
 en lucha conmigo mismo,
 muéstrame la verdad clara,
 la verdad... ¡Pero qué digo!...
 (Con desesperación.)
 ¡Si también eres su madre!...
 ¡Si el otro es también tu hijo!...

ESCENA III.

MARQUÉS y ELISA por la primera de la izquierda.

ELISA. Padre.
 MARQUÉS. (Sin oírla.) (¡Qué horrible agonía!)
 ELISA. (Acercándose.) Padre.
 MARQUÉS. (Si no puede ser.)
 ELISA. (No me escucha.)
 MARQUÉS. (¿Qué he de hacer?
 Pruebas.) (Elisa se acerca, poniéndole con ca-
 riño la mano en el hombro.)
 ¿Quién es? ¿Tú, hija mía?
 ¿A dónde vas?
 ELISA. A buscarte.
 MARQUÉS. ¿Qué anhelas?
 ELISA. Ya nada quiero.
 Te hallo triste, y yo prefiero
 callar y no incomodarte.
 MARQUÉS. ¿Qué pretendes? Vamos, dí.
 ¿Qué quieres?
 ELISA. Antes que nada
 quisiera...

- MARQUÉS. ¿El qué?
- ELISA. Una mirada
cariñosa. Eso es, así.
(Con zalamería.) Tengo que reñirte mucho.
- MARQUÉS. ¿Reñirme? No sé por qué.
- ELISA. ¿Que no? Pues yo sí lo sé.
Escúchame.
- MARQUÉS. Ya te escucho.
- ELISA. Niña y sola en mi orfandad
y en la miseria sumida
quedé, y te debo la vida,
y á más la felicidad.
Por mi dicha y mi reposo
velando siempre á mi lado,
más que protector, he hallado
en tí un padre cariñoso.
Tú, con amor noble y santo,
y de tu esposa á la par,
has conseguido enjugar
mil veces mi ardiente llanto.
Los dos cual padres me amais,
y yo cual hija os venero,
¡y os quiero tanto! ¡Sí, os quiero
más de lo que imagináis!
Si te he legado á ofender
mil veces perdon te pido.
- MARQUÉS. ¿Ofenderme tú? ¡Qué he oído!
Tú no puedes ofender
á quien cifra en tí su encanto.
- ELISA. Entónces, ¿por qué razon
hoy ocultas tu aficcion
á la que te adora tanto?
- MARQUÉS. Hija, si no tengo nada.
Tus cariñosos antojos
te hacen ver...
- ELISA. No, son mis ojos

que han leído en tu mirada.
Y el corazón, que no engaña
jamás, al verte, ha latido
de un modo tal, y ha sentido
una pena tan extraña...

MARQUÉS. Ilusiones.

ELISA. Ilusiones.

Puede ser... mas yo creía...

MARQUÉS. Es que á veces, hija mia,
se engañan los corazones.

ELISA. Entónces tanto mejor,
porque si triste no estás,
creo que no te negarás
á concederme un favor.

MARQUÉS. ¿Cómo negarme podré?

ELISA. ¿De veras, padre? ¿Lo harás?

MARQUÉS. Desde luégo.

ELISA. Ya sabrás
que hoy se casa...

MARQUÉS. Sí, ya sé;

Enriqueta, tu amiguita
de colegio.

ELISA. Es verdad, justo.

Pues bien, yo tuviera gusto,
ya que amorosa me invita,
en encontrarme á su lado
esta noche.

MARQUÉS. Ya lo creo.

Es muy justo tu deseo,
y, por mi parte, otorgado.
Puedes con tu madre ir.
Manda preparar el coche
y...

ELISA. Es que á mi madre esta noche
no le es posible salir.

MARQUÉS. ¿Qué dices?

- ELISA. No está del todo buena, y quiere retirarse temprano.
- MARQUÉS. (Quiere quedarse.)
Entónces no encuentro el modo...
- ELISA. Ella me dijo que...
- MARQUÉS. ¿Qué?
- ELISA. Que tú me podías llevar.
- MARQUÉS. ¡Yo! (Es que me quiere alejar.)
Acaño yo no podré dejar á tu madre, así, sola y algo delicada.
- ELISA. Si lo que tiene no es nada.
- MARQUÉS. Y á más, mi hermano está aquí de huésped, y no es razon dejarle, pues, ¡qué diria!
- ELISA. Bien, perdona... Yo creia...
(Me lo daba el corazon.)
- MARQUÉS. (Me da lástima y quisiera.)
Vamos, ¿me guardas rencor por ello?
- ELISA. ¡Cá! No, señor.
Haces muy bien.
- MARQUÉS. (Si no fuera...
Pobrecilla; su quebranto y su tristeza me apena, porque ¡es tan buena! ¡tan buena! y luégo la quiero tanto!)

ESCENA IV.

Dichos y ENRIQUE (por el foro.)

ENRIQUE. Muy buenas noches.

ELISA. Felices.

ENRIQUE. Ya estoy de vuelta.

MARQUÉS. Era tiempo.

ENRIQUE. A mi pesar he tardado
más de lo justo, y lo siento,
pues me he privado de estar
á vuestro lado. Por cierto
que acaban de dar las órdenes
para que salga del puerto
mañana mismo la escuadra.

MARQUÉS. ¿Tan pronto? Pues ¿cómo es eso?

ENRIQUE. Lo ignoro. Yo, por mi parte,
si he de ser franco, me alegro;
que el mar es para el marino
su natural elemento.

Sólo llantos y pesares
en tierra á mi paso encuentro;
que todo en ella es mezquino,
mudable y perecedero.

Aquí sus potentes alas
no osa alzar mi pensamiento,
y por el lodo se arrastra
en vez de volar al cielo.

Pero, hablando de otra cosa.
¿Qué tienes? Te encuentro serio.
¿Qué te pasa?

MARQUÉS. Nada.

ENRIQUE. Calla,
pues ésta tambien. ¿Qué es ello?
¿Qué tienes, hija? (Con cariño.)

ELISA. ¿Yo? Nada.

ENRIQUE. Pues señor, no lo comprendo.
Nada, nada... já, já, já...
Nada, y teneis unos gestos...
Vamos, Elisa, hija mia,
díme la verdad, que quiero,
si el remedio está en mi mano.

- poner á tu mal remedio.
 ELISA. Era tan sólo un capricho,
 que yo misma considero
 que es imposible.
- ENRIQUE. ¿Imposible?
 Y ¿por qué causa ha de serlo?
 Vamos, acaba ya, di
 lo que fuere, que yo anhelo
 que allí donde yo me encuentre
 todo el mundo esté contento.
 ¡Pues no faltaba otra cosa!
 Pero ¿y tú? Pareceis lelos.
 (¿Si habrá sospechado algo?)
- MARQUÉS. No, chico. (Disimulemos.)
 Es que se casa esta noche
 una amiga de colegio
 de Elisa, y queria ir
 con ella.
- ENRIQUE. Que vaya.
- MARQUÉS. Pero
 como mi esposa se encuentra
 algo indispuesta...
- ENRIQUE. (Con interés.) ¿Qué es ello?
- ELISA. Nada de particular.
- MARQUÉS. Hace ya bastante tiempo
 que ataques al corazon
 padece. Pero, volviendo
 al asunto; estando así,
 no juzgo que fuera cuerdo
 irnos los dos, y dejarla
 sola enteramente.
- ENRIQUE. Bueno,
 ¿Eso es todo?
- ELISA. Si, señor.
- ENRIQUE. Pues ya le encontré remedio.
 Es muy natural que quieras

presenciar el casamiento
de tu amiguita, y muy justo
que tú la acompañes.

MARQUÉS. Pero...

ENRIQUE. En cuanto á tu esposa, puedes
marchar tranquilo. Yo quedo,
haciéndola compañía.

MARQUÉS. Eso no; yo no consiento
que te quedes sin salir
por mi causa.

ENRIQUE. Si prefiero
estarme aquí.

MARQUÉS. Pero...

ENRIQUE. Basta.

Vamos, idos, y os advierto
que me dareis un disgusto
si no os marchais. ¡Está bueno!
¡Pues no faltaba otra cosa!

MARQUÉS. Pero si...

ENRIQUE. Nada, no cedo.
O vas con ella á la boda,
ó en este mismo momento
tomo el camino, y me marchó
á la escuadra.

MARQUÉS. Bien, iremos,
tan sólo por darte gusto.

ENRIQUE. (No sospecha.)

MARQUÉS. (Tanto empeño...)

ENRIQUE. (Conduce á Elisa de la mano hasta la primera puerta
de la izquierda.)

Anda á tu cuarto á vestirte.

MARQUÉS. (Es lo mejor; me la llevo,
la dejo y vuelvo en seguida.
Tal vez logre sorprenderlos,
tal vez...)

ESCENA V.

MARQUÉS y ENRIQUE.

ENRIQUE. (Mirando hácia el lado por donde ha desaparecido
Elisa.) (Mientras más la miro,
más me confirmo. Probemos
á averiguar.)

MARQUÉS. (Si él conoce
mis dudas y mis recelos,
será mucho más difícil
descubrir... Disimulemos.)

ENRIQUE. (Ahoga, corazón cobarde,
tus voces y tus lamentos,
y ya que de mármol fuiste
por mi mal en otro tiempo,
y del amor y el deber
no te ablandaron los ecos,
has de ser de mármol hoy
para guardar mi secreto.)

MARQUÉS. ¡Quién hoy en tí descubrir
puede al jóven, que fué en tiempo
el terror de los maridos,
de los padres y los deudos,
y quien renombre logró
de afortunado y discreto,
alcanzando de las bellas
lo que muchos no pudieron!

ENRIQUE. Es verdad. Mas tú lo has dicho,
tú lo has dicho, era otro tiempo.
Jóven, altivo, halagado
por la fortuna, y sediento
de amor, fuí yo el torbellino
que impetuoso y soberbio
arrebata cuanto encuentra
en su camino violento.

Mas ¡ay! ¡cuando al fin la tromba,
 que rauda y fiera rugiendo,
 en rápidos remolinos
 cruza el árido desierto,
 se deshace y se derrumba,
 sólo arroja de su seno
 de cuanto encontró á su paso
 aniquilados fragmentos!
 Sí, despues de aquellos días,
 que tan rápidos corrieron
 entre el vicio y el escándalo,
 cual sigue la sombra al cuerpo,
 siguió á mi infame conducta
 el crudo remordimiento.

Mas tú comprender no puedes
 ¡ay! ¡cuánto y cuánto padezco!
 Tú eres feliz; que en el mundo
 su recompensa halla el bueno.
 Miéntas yo, quizá por siempre
 mañana de aquí me alejo,
 tú en tu hogar noble y tranquilo
 hallarás paz y contento.

MARQUÉS. ¡Quién sabe! De tu dolor
 quizá se apiade el cielo,
 y halles por fin á esos seres
 que buscas.

ENRIQUE. ¡No, no, han muerto!

MARQUÉS. ¿Qué dices? ¿Tienes indicios?

ENRIQUE. No.

MARQUÉS. ¿Pues entónces?

ENRIQUE. Lo temo.

(Pausa.)

MARQUÉS. ¿Cuántos años hace ya
 que te fuiste?

ENRIQUE. Por Enero
 hizo diez y seis cabales.

- MARQUÉS. (Trece de mi casamiento
va á hacer.) ¿Y la conociste
en la Corte?
- ENRIQUE. Sí, por cierto.
- MARQUÉS. ¿Y era huérfana?
- ENRIQUE. Lo era.
- MARQUÉS. (Anhelo saber y temo.)
- ENRIQUE. ¿Pero dí, hermano, esa niña,
ese ángel puro del cielo?...
- MARQUÉS. ¿Elisa?
- ENRIQUE. Sí, ¿no dijiste
que es huérfana?
- MARQUÉS. (Dios eterno!
¡Qué idea! ¡qué horrible idea!
Sí, sí... ya voy comprendiendo...
su hija tal vez... ¡Imposible!
¡Ella!... ¡mi único consuelo
en mi amarga desventura!)
- ENRIQUE. ¿Dí, no es huérfana?
- MARQUÉS. Tal creo.
- ENRIQUE. ¿No conociste á sus padres?
- MARQUÉS. Jamás les ví.
- ENRIQUE. ¿Y murieron
hace mucho?
- MARQUÉS. Al darle vida
murió su madre.
- ENRIQUE. Sí, ¿pero
y su padre?
- MARQUÉS. No lo sé.
- ENRIQUE. Bien, con tal de que haya muerto.
- MARQUÉS. ¿Qué quieres decir?
- ENRIQUE. Que nadie
podrá, con mejor derecho,
disputarte las caricias
de esa niña.
- MARQUÉS. Y qué ¿viviendo,

para arrebatarme á Elisa
 pudiera nunca tenerlo?
 Él por su paz, por su dicha,
 por su porvenir, ¿qué ha hecho?
 ¿A quién debe su ventura,
 su educacion? ¿Quién su sueño
 veló mientras que yacía
 postrada enferma en el lecho?
 ¿Quién mitigó sus pesares?
 ¿Quién realizó sus deseos?
 ¿Quién, en fin, podrá ofrecerle
 un cariño tan inmenso,
 ni quién osará robarme
 sus caricias y sus besos?
 Mas ¿á qué hablar de imposibles?
 Su padre hace tiempo, muerto
 yace. Me atrevo á jurarlo.

ENRIQUE. ¿Y por qué?

MARQUÉS. Porque midiendo
 el amor que un padre debe
 sentir, por el que yo siento,
 no concibo que haya uno
 que pudiese, á no estar muerto,
 olvidarse de su hija.

ENRIQUE. ¡Qué dices!

MARQUÉS. En tanto tiempo.

ENRIQUE. Tal vez se acordó.

MARQUÉS. Imposible...

Hubiera volado.

ENRIQUE. Pero

¿y si el deber?

MARQUÉS. No hay deberes
 más sagrados que el paterno.

ENRIQUE. Quizás la voz de la duda
 resonando allá en su pecho...

MARQUÉS. No hay voces que no enmudezcan

al grito del sentimiento.

RAMONA. (Entrando.) Señor.

MARQUÉS. ¿Qué?

RAMONA. La señorita
que cuando usted guste...

MARQUÉS. Bueno.

Voy á vestirme en seguida. (Váse Ramona.)

(Á Enrique.) Espérame, al punto vuelvo.

(Al fin un rayo de luz

á herir viene mi cerebro,

y aunque la luz codiciaba,

ya la luz me infunde miedo).

(Váse por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VI.

ENRIQUE.

Tras largos años de ausencia,
cuando al fin logro encontrarla,

enmudezco á su presencia;

que el grito de mi conciencia

no me permite abrazarla.

¿Qué hice yo, desventurado,

para esperar que me ame?...

¡Yo á su madre he deshonrado,

yo á las dos he abandonado,

yo he sido sólo un infame!...

(Pausa.)

Hija mia, yo te amaba;

por tí tan sólo vivía;

tu cariño codiciaba,

y en tus caricias cifraba

mi esperanza, mi alegría.

Y hoy que al fin la dura suerte

tuvo de mí compasion,
 hoy, que al fin consigo verte,
 el no poder merecerte
 desgarrar mi corazon.
 Que aunque mi pecho taladre
 el dolor, aunque me aflija
 la pena, aunque no me cuadre,
 ¡quién cual yo trató á su hija
 no es digno de ser su padre!

ESCENA VII.

ENRIQUE y ELISA (vestida para salir, aparece en la primera
 puerta de la izquierda.)

ELISA. Padre mio.

ENRIQUE. ¡Hija!

(Sorprendido por la voz de Elisa, lanza el grito de
 ¡hija! y va á abrazarla, pero en seguida se con-
 tiene.)

ELISA. Pensé

que mi padre aquí se hallaba...

ENRIQUE. Que mi hija á mí me nombraba
 yo insensato imaginé.

(Pausa.)

Elisa.

ELISA. ¿Llama usted?

ENRIQUE. Sí.

Ven á mi lado, hija mia.

¡Cuán hermosa! (¡Qué agonía!)

ELISA. ¿Por qué se afiije usted así?

ENRIQUE. ¡Ay! ¿no quieres que me aflija,
 si al conocerte he sabido
 que para siempre he perdido
 mi dicha, mi amor, mi hija?
 Era de tu misma edad;

como tú inocente y bella,
y amante cifraba en ella
toda mi felicidad.
Sus ojos, como los tuyos,
copiaban el firmamento,
y era más grato su acento
que celestiales arrullos.
Y tan semejante á tí
era, Elisa, que creyera
que eras tú, si no supiera
que ella ha muerto para mí.
Y por que más parecida
á mi hija pudiera hallarte,
he llegado, Elisa, á amarte,
con el alma y con la vida.

ELISA.

Yo tambien, no se porqué,
desde el punto en que le ví,
tal inclinacion sentí
hácia usted, que ya le amé.
Tal vez porque igual ha sido
nuestro pesar y quebranto;
que usted llora á su hija, en tanto
que yo al padre que he perdido.

ENRIQUE.

Tú al ménos, en tu dolor
y en tu orfandad, has hallado
otros padres que te han dado
hogar, familia y amor.
Pero yo; ¡triste de mí!
¿Dónde lograré encontrar
otra que ocupe el lugar
de la hija que perdí...
otra que calme mi anhelo,
que premie mi amor profundo,
que gozar me haga en el mundo
todas las dichas del cielo?
¡Ah! si á lo ménos pudiera

vivir yo siempre á tu lado,
y quererte y ser amado
por tí, mi Elisa hechicera;
si, con amante embeleso,
mirándote dulcemente,
pudiera sellar tu frente
con un puro y casto beso,
y en dulce y tranquila calma
viéndome á tu lado, así;
me llamaras *padre* á mí,
y yo á tí *hija del alma!*
Tal vez llegara á creer
que todo sueño habia sido,
y tal vez diera al olvido
mi continuo padecer.
Mi dolor se amenguaria...
quizá venturoso fuera,
y acaso... Vana quimera;
no puede ser... no, hija mia.

ELISA. ¿Por qué no? Vuestro quebranto
me conmueve de tal modo,
que diera mi vida... todo,
por enjugar ese llanto.

ENRIQUE. ¡Hija del alma, hija mia,
tu amante voz me enternece,
y hasta mi llanto parece
que es hoy llanto de alegría!

ELISA. No se marche, y por su bien
yo velaré cariñosa,
su hermano de usted y su esposa
tambien velarán, tambien.
Y tendrá aquí en su aficción,
cariño, familia, hogar...
y yo le prometo amar
con todo mi corazón.
¡Y aquí, donde se cobija

- cuanto en el mundo queremos,
 los dos juntos rezaremos
 por mis padres, por su hija!
- ENRIQUE. (No puedo más; ya no acierta
 mi torpe labio á callar...)
 ¡Sí; una hija vine á buscar
 y al fin la encontré...
- MARQUESA. (Apareciendo.) ¡Qué!
- ENRIQUE. (Al ir á abrazarla ve aparecer á la Marquesa y ex-
 clama dejándose caer en un sillón.)
 ¡Muerta!

ESCENA VIII.

ENRIQUE, ELISA y MARQUESA.

- MARQUESA. Elisa.
- ELISA. Madre querida.
- MARQUESA. ¿Qué haces aquí?
- ELISA. Aquí estaba
 con tu cuñado esperando
 á que padre terminara
 de vestirse... Al fin cedió
 á mis ruegos... ¡Pero calla!
 ¡Ay qué cabeza la mia!
- MARQUESA. ¿Qué es ello?
- ELISA. Se me olvidaba
 el regalo... la camelia;
 voy por ella...
- MARQUESA. Escucha, aguarda.
 Ve á mi cuarto, y en mi mesa
 encontrarás puesta en agua
 la otra camelia; la coges
 para tí. Estás muy guapa
 y ahora esa flor en el pelo

hará resaltar tus gracias.

ELISA. No, para tí.

MARQUESA. Pero hija,
si no he de salir de casa,
y allí se va á marchitar
sin lucirla. Vamos, anda.

ELISA. Bien, haré lo que tú quieras.
No sé como te das trazas
que siempre salgo perdiendo.
(La besa.) ¿Me quieres?

MARQUESA. Con toda el alma.

ESCENA IX.

ENRIQUE, MARQUESA y luégo el MARQUÉS.

ENRIQUE. (Al fin puedo hablar con ella,
y mi corazon cobarde
tiembla, como tiembla el reo
que á su juez mira delante.)

MARQUESA. (Mi deber, mi hija, me obligan
por última vez á hablarle;
mas para la dura prueba
fuerzas, Dios mio, prestadme.)

ENRIQUE. (Basta de vacilaciones.)

MARQUESA. (Pues es preciso... adelante.)
Enrique...

ENRIQUE. Tras largos años
de infortunios y pesares
volví, buscando en mi patria
á la mujer que, anhelante
de amor, me juró cien veces
ser sólo mia ó de nadie:
y en brazos de otro la encuentro.

MARQUESA. Calle usted.

- ENRIQUE. Ha sido infame
esa conducta, señora.
- MARQUESA. ¿Y usted se atreve á acusarme?
¡Usted! ¿Y con qué derecho?
- ENRIQUE. Con el derecho de un padre
que ve á su hija sin nombre
y nombre no puede darle.
- MARQUESA. ¡Nombre, nombre! Por ventura
el nombre de un miserable
que abandona en la miseria,
que deja en brazos del hambre
á dos seres desvalidos,
¿piensa qué honrar puede á nadie?
Nombre que ocultó usted un día
cuando á su inocente madre
falso cariño mintió
para dejarla más tarde...
Mas basta: de lo pasado
ni una palabra se hable.
Pronto á Dios estrecha cuenta
los dos habremos de darle.
- ENRIQUE. Pero...
- MARQUESA. Lo que es necesario
es que se aleje al instante
de esta casa, y nunca vuelva
á pisar éstos umbrales.
(Aparece el Marqués en la segunda puerta de la izquierda, y permanece en segundo término hasta que el diálogo lo indique.)
- MARQUÉS. (¡Qué?)
- ENRIQUE. ¿Qué abandone á mi hija?
Imposibles no demandas.
- MARQUESA. Su dicha de ello depende;
su bienestar.
- ENRIQUE. Para un padre
es sacrificio imposible.

su tenacidad horrible
 á la que mostraba el hambre
 en acosarnos... Y un día,
 que no tuve pan que darle
 á la hija de mi alma,
 salí cual loca, á la calle
 implorando una limosna...

MARQUÉS. (¿Qué?)

ENRIQUE. ¿Tú?

MARQUESA. Sí, yo: no te extrañe.

¿Qué no haría en este mundo
 una desgraciada madre
 á quién pide pan su hija
 y pan no tiene que darle?
 Pidiendo de puerta en puerta
 fui ¡ay de mí! ¡todo en balde!
 y entónces desesperada
 la vida quise quitarme,
 y al intentarlo miré
 llorando á mis piés al ángel,
 que pan, pan, me repetía
 sin tener yo pan que darle.
 Y al ver que sus manecitas
 en ademan suplicante
 me extendía y sollozaba,
 y débilmente al nombrarme
 entornaba ya los ojos
 cuya luz iba apagándose
 lentamente, cual se apaga
 la luz al morir la tarde,
 con mis rasgados harapos
 cubrí sus desnudas carnes,
 y apretándola en mi seno,
 sola, en la desierta calle,
 sin reparar en el frío
 que iba los huesos helándome,

inmóvil permanecía
 contemplándola anhelante,
 miéntras el llanto brotaba
 de mis ojos á raudales.
 Al fin, junto á nuestro lado
 pasó veloz carruaje,
 que salpicó de vil cieno
 su semblante y mi semblante.
 Exhaló mi hija un suspiro,
 y un beso de amor al darle,
 sobre sus turbias pupilas
 su alma contemplé un instante,
 y... ¡cuántas cosas me dijo!
 ¡cuántas cosas, sin hablarme!
 Loca entónces «¡tú no puedes
 morir! grité... Que te salve
 es preciso; y aunque cueste
 lo que cueste, he de salvarte!
 Tendrás placeres, riquezas...
 No morirás, nó, que ántes
 que suceda tal desgracia
 ¡tu madre, tu infeliz madre!...
 va á sacrificarlo todo
 ¡por tí!» Y sin sospecharme
 que era aquel tu propio hermano.
 ¡Oh, qué horror! Tu propia sangre.
 Por salvar á nuestra hija
 he sido un monstruo; una...

- MARQUÉS. (Adelantándose.) ¡Infame!
 MARQUESA. (Cayendo en la butaca.) ¡Ah! ¡Perdon, perdon!
 ENRIQUE. (Aterrorizado.) ¡Dios mio!
 ELISA. (Apareciendo en la primera puerta de la izquierda.)
 ¡Madre? ¡Madre mia! ¡Madre!
 (El primer madre es llamándola. El segundo es, al
 verla en la butaca, con interés é inquietud, y el
 tercero un grito de dolor.)

TELON.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores. Al amanecer.

ESCENA I.

RAMONA y ELISA , saliendo por la primera puerta de la izquierda.

ELISA. Calla, y no metas ruido.
¿Qué hora será?

RAMONA. Cuando ménos
las cinco. ¡Jesús, qué noche!

ELISA. No sé como tengo cuerpo.

RAMONA. ¿Por qué no se acuesta usted
un rato?

ELISA. No tengo sueño.
Vete á recoger si quieres,
que yo al cuidado me quedo
por si mi madre despierta.

RAMONA. Hace poco se fué el médico,
y dijo que estaba ya
fuera de peligro, pero
que si el ataque repite
se le avisara al momento.

ELISA. Se encuentra mucho mejor
y, Dios mediante, no creo...

RAMONA. ¿Quiere usted mucho á su madre?

ELISA. ¿Qué dices? ¿Que si la quiero?
 ¡Es posible no quererla!
 Cuando aquí, en este aposento,
 la encontré como un cadáver,
 el cuerpo rígido y yerto
 y sin sentido, explicar
 lo que en mí pasó no puedo;
 fué una angustia tan horrible,
 un padecer tan intenso,
 que estoy cierta de que, si
 por desgracia hubiese muerto,
 de pesar y de dolor,
 viéndola morir, me muero.

RAMONA. Ya nadie muere de pena.

ELISA. ¿Que no?

RAMONA. Por supuesto.

Ahí tiene usted al Marqués,
 á su esposo, que sabiendo
 el peligro que corria
 su esposa, tranquilo al sueño
 se halla entregado.

ELISA. Tú siempre
 con tu maña. ¡Es mucho cuento
 que nunca has de pensar bien!

RAMONA. ¿Pensar bien?... Pues ¿cómo pienso?

ELISA. Siempre murmurando...

RAMONA. ¡Calle!

¡Murmurar yo! ¡Bueno es esto!
 ¡Cuando la murmuracion
 es vicio que ver no puedo!
 Yo no murmuro; bien sé
 que cuando el Marqués ha hecho
 lo que ha hecho con su esposa,
 siendo para ella tan bueno,
 es que habrá gato encerrado.

ELISA. A las andadas volvemos.

RAMONA. No haber venido aquí más que una ó dos veces, y luego irse á su cuarto, y tranquilo retirarse...

ELISA. ¿Lo estás viendo cómo no sabes palabra? Recogido en su aposento toda la noche ha pasado; mas no quiere decir esto que haya dormido un instante, pues yo, que de tiempo en tiempo he llegado de puntillas á ver por el agujero de la llave de su cuarto, le he visto sombrío, tétrico, con pasos acelerados revolverse en su aposento, como fiera á quien le roban sin compasion sus hijuelos. Y más de dos y tres veces le ví llevarse el pañuelo á sus ojos, que empañaban lágrimas de llanto acerbo.

RAMONA. Bien, mas ¿por qué no se ha estado de su esposa junto al lecho?

ELISA. (¿Si tendrá acaso razon? Yo necesito saberlo, que, pues por mi bien velaron, velar me toca por ellos.) Verla padecer, amándola como él la quiere, de cierto que hubiera sido el más grande y horrible de los tormentos. Además, por no afligirme con su dolor, y sabiendo

que á su esposa nada habia
de faltarle... Todo ello
contribuiria...

RAMONA.

Ya, ya.

Cuando digo que hay misterio.

ELISA.

Harás que al fin me incomode.

RAMONA.

Yo, señorita...

ELISA.

No quiero

escuchar más necedades.

RAMONA.

¿Necedades? Lo veremos.

Como si una no supiera

lo que son estos...

ELISA.

Silencio.

(Pausa.)

Voy á ver si ha despertado.

Tú puedes marchar adentro

y recogerte si quieres,

que á su cuidado me quedo.

(Váse primera puerta izquierda.)

ESCENA II.

RAMONA y el MARQUÉS.

(En el momento en que se dirige Ramona á la puerta del foro,
aparece el Marqués en la segunda de la izquierda.)

MARQUÉS. Ramona.

RAMONA.

¿Qué manda usted?

MARQUÉS.

Acércate. ¿A dónde ibas?

RAMONA.

A mi cuarto.

MARQUÉS.

Y la Marquesa,

¿cómo sigue?

RAMONA.

Ya á la vida

ha vuelto, y se encuentra bien.

Ha dormido más tranquila,

y el médico, al retirarse ,
 nos dijo que no peligraba
 su existencia. En vista de esto,
 me ordenó la señorita
 que fuera á dormir un poco,
 que ella, aunque está muy rendida,
 quiere quedarse á su lado
 cuidándola.

MARQUÉS. ¡Pobre Elisa!

RAMONA. Les quiere tanto á los dos,
 que raya en idolatría...
 Lo que esta noche ha hecho ella
 no lo hace más que una hija.
 Unas veces junto al lecho
 llorando á lágrima viva,
 viendo luchar á la enferma
 entre la muerte y la vida;
 otras al pié de la imagen
 de la Virgen, de rodillas,
 suplicaba de tal modo,
 que daba lástima oír; y
 otras, en fin, conteniendo
 el aliento, de puntillas
 iba á su cuarto de usted...

MARQUÉS. ¡Al mío!

RAMONA. Y por las rendijas
 de la puerta le observaba;
 y pues calmar no podía
 la pena de usted al ménos...

MARQUÉS. ¿Qué dices? (Cuando ella iba
 á consolarme, á tomar
 una parte en mi agonía;
 cuando era para mí
 buena, como amante hija,
 estaba yo meditando!...
 Mas es preciso... Ya el día

va amaneciendo.) Ramona,
¿y mi hermano?

RAMONA. La partida
sin duda está disponiendo,
que, al salir el sol, debia
marchar la escuadra.

MARQUÉS. Es verdad.
Pues ve á su cuarto en seguida,
y dile que necesito
verle al punto. (¡Pobre Elisa!)
(Váse Ramona por el foro.)

ESCENA III.

MARQUÉS.

Si en la tiniebla sombría
luz tan sólo ambicionaba,
y luz al cielo imploraba
en mi mortal agonía,
era porque presumia
que mi pena iba á calmar,
sin llegar á sospechar
que esa luz, para mi daño,
fuese la del desengaño,
que alumbra para matar.
Mi espíritu, sumergido
entre nieblas, codicioso
buscaba la luz ansioso
y en ella su bien perdido,
como el mundo, que adormido
durante la noche entera,
con gozo anhelante espera
del sol la lumbre querida,
para alzarse con más vida

al resplandor de su hoguera.
Y habrá de sufrir ahora
mi corazón su dolor
bajo el peso abrumador
de las lágrimas que llora;
hallando, en vez de la aurora,
la rojiza claridad
de la horrible tempestad,
que sorda y fiera bramando,
va sus fibras desgarrando,
desgarrando sin piedad.
Pero ¡ay de los que traidores
fueron causa de su llanto!
¡Cuánto he de gozar, sí, cuánto,
presenciando sus dolores!...
Mas mis penas son mayores
cuando juzgo y considero
que al vengarme de ellos fiero
he de mostrarme inclemente
con un sér puro, inocente,
que con toda el alma quiero!

ESCENA IV.

MARQUÉS y ELISA, que sale por la primer puerta de la izquierda.

- ELISA. Aún duerme. Pobre señora,
cuánto y cuánto debe... ¡Ah!
(Reparando en el Marqués.)
(¡ Mi padre! ¡ Qué pensativo!
Si pudiese averiguar
la causa de su tristeza...
Probemos...) Hola, ¿que tal?... (Acercándose.)
- MARQUÉS. ¿Quién es?... Déjame. (Contrariado.)
- ELISA. (Con cariño.) ¿Qué tienes?

- MARQUÉS. Nada.
- ELISA. Pero...
- MARQUÉS. Basta ya. (Enojado.)
Déjame; quiero estar solo.
- ELISA. Pero si...
- MARQUÉS. Déjame en paz.
- ELISA. No, padre, no, escúchame;
te lo pido por piedad...
Eres ingrato conmigo...
Hace unos días que estás
pensativo... Algo te pasa
que me quieres ocultar.
- MARQUÉS. ¿A mí?
- ELISA. No puedes fingir,
tú no has mentido jamás.
Si estás conmigo enojado
perdóname... Sin pensar
habrá sido; sin quererlo,
sin presumirlo quizá.
- MARQUÉS. Déjame. (Conmovido.)
- ELISA. No, padre mio;
si yo no debo tu mal
saber, no, no me lo digas;
sólo quiero, nada más,
que me permitas tu llanto
con mis besos enjugar.
Si padecer me miraras,
¿fueras, acaso, capaz
de dejarme abandonada
sin consuelo?
- MARQUÉS. (¡Qué crueldad!)
- ELISA. ¿Y si en tu mano estuviera
mis dolores evitar,
ó calmarlos, cuando ménos,
lo hicieras tú, no es verdad?
- MARQUÉS. Sí. (¡Qué horrible situación!)

- ELISA. ¿Y piensas que nadie más
que tú, quiere en este mundo?
¿Piensas que en poder calmar
tus dolores yo no gozo?
Padre, me juzgas muy mal.
No, yo quiero el secreto
de tu pena escudriñar...
yo no quiero saber nada,
sólo quiero...
- MARQUÉS. (Enternecido.) Basta ya.
- ELISA. Que me permitas siquiera
poder contigo llorar.
Déjame estar á tu lado,
que cuando á mi lado estás,
no hay otra más venturosa.
- MARQUÉS. Elisa, ¿me dejarás?
Necesito ahora estar solo.
- ELISA. Te cansa mi vista ¡ah!
y yo vivir no podría
sin mirarte sin cesar.
Pero es distinto; yo á tí
te debo todo, verdad,
tu para mí fuiste un padre
que con amor sin igual,
me diste cariño, dicha...
¡cuanto un padre puede dar!
¡Si no te quisiese ahora
sería muy criminal!
Pero yo, en cambio, ¿qué hice
por tí? quererte no más.
Eso sí, quererte mucho...
¡Como nadie te querrá! (Llorando.)
- MARQUÉS. (Abrazándola con cariño.)
¡Elisa!... (¡Y tener yo mismo
que arrojarla de mi hogar,
y amándola cual la amo,

matar su felicidad!

(Con desesperacion.)

¡Ay, por qué será su hija
ó por qué la llegué á amar!

ESCENA V.

Dichos, MARQUESA, despeinada, envuelta en una bata, como si acabase de dejar el lecho.

MARQUESA. Elisa.

ELISA. (Corriendo á ella.) ¡Madre querida!

MARQUÉS. (Ella, por fin!)

ELISA. ¡Ah! ¿Qué has hecho?

Ve que abandonar el lecho
puede costarte la vida.

Vuelve á él, vuelve, por Dios.

MARQUESA. Sí... ya voy. En mi aposento
espérame... iré al momento;
tenemos que hablar los dos,
y en seguida tras de tí
corro...

ELISA. ¿Vendrás al instante?

MARQUESA. Al punto.

ELISA. Ve que anhelante
te espero; no tardes.

MARQUESA. Sí.

(Váse Elisa primera izquierda.)

ESCENA VI.

MARQUESA y MARQUÉS.

MARQUESA. Andrés.

MARQUÉS. Silencio, señora.

MARQUESA. Por piedad.

MARQUÉS. Apártate.

¿Piensas que tu infamia horrible
sin castigo ha de quedarse?

MARQUESA. No, no.

MARQUÉS. Terrible venganza
voy ahora mismo á tomarme.

MARQUESA. ¡Ay de mí!

MARQUÉS. No es ocasion
de suspirar y quejarse,
sino de decir al hombre
que te entregó en los altares
su honor, su nombre, su dicha,
cuanto en el mundo hay de grande,
¿qué has hecho de aquel tesoro?

MARQUESA. Andrés, Andrés...

MARQUÉS. Miserable.

Dí, ¿qué has hecho?

MARQUESA. ¡Compasion!

MARQUÉS. Para mujer tan infame
como tú, no puede haberla,
pero sí castigo.

MARQUESA. Mátame.

MARQUÉS. ¡Matarte! No; yo no quiero
verter tu villana sangre,
sangre con cuyo contacto
no quiero yo deshonrarme.

MARQUESA. ¿Qué intentas? ¿Qué vas á hacer?

MARQUÉS. ¿Tiemblas?... ¡Cobarde, cobarde!
Te asusta el castigo y no
tu crimen abominable,
cuando por grande que él sea
tu crimen es aún más grande!
¿Quieres que de un solo golpe
tus infortunios acaben,
mientras tu víctima arrastra

una vida miserable,
agobiada por el peso
de su deshonra infamante?
No será, no, te lo juro.

MARQUESA. Yo no pretendo librarme
del justo castigo, no;
será pequeño el más grande,
al lado del que sufriendo
estoy trece años hace.
Sólo anhelo ya la muerte
que ponga fin á mis males.
¡Harto he llorado y sufrido!
¡Tú no sabes, tú no sabes,
lo que es no vivir en calma
con su conciencia un instante!

(Pausa.)

Viendo morir á mi hija,
en la miseria, de hambre,
no escuché más que las voces
de mi corazón de madre;
y de una madre el cariño
es tan inmenso, es tan grande,
que ni el pensamiento humano
es capaz de imaginarle!
Cuando mi mano te di
postrada ante los altares,
temblaba, como la víctima
que ve el suplicio delante;
y apenas mi torpe labio,
pronunció un sí vacilante,
dirigí al altar la vista,
fuerzas á Dios demandándole,
y fijándola de un Cristo
en el severo semblante,
me pareció que los labios
iba á abrir para acusarme;

cuando á sus piés, de rodillas,
 ví la celestial imágen
 de la Vírgen, cuyo rostro
 surcaba llanto abundante,
 cual si implorase afligida
 el perdon de la culpable;
 que al mirar mi sacrificio
 recordó que ella era madre!

(Pausa.)

Mas desde entónces conmigo
 en lucha eterna y constante
 vivo, sin hallar el término
 de mis horribles pesares.
 Al verme entre el fausto y lujo
 en la abundancia al hallarme;
 al ver tu inmenso cariño
 y escuchar tus dulces frases,
 el eco de mi conciencia
 mi pasado recordándome,
 á todas horas del dia,
 me estaba gritando: ¡*infame!*
 Y temiendo que esas voces
 pudiera escucharlas álguien,
 para evitar el desprecio
 huí de todos, pero en balde;
 ¡cómo evitarlo, si yo
 misma llegué á despreciarme!
 No te pido, pues, por mí,
 te pido por ese ángel.
 ¡Piedad para el inocente!
 ¡Castigo para el culpable!

MARQUÉS. No contenta con tu crimen,
 aciaga historia forjaste,
 diciendo que aquella niña
 habia quedado sin padres...
 Y en verdad, más le valiera,

que tenerlos tan infames.

MARQUESA. ¡Piedad!

MARQUÉS. Sí; y has conseguido
que yo á esa niña adorase,
y que imposible me sea
ahora de ella separarme...
Mas no importa: este cariño
en mi pecho sabré ahogarle,
y las dos saldreis de aquí
hoy para siempre. Mas ántes
voy á gozar el placer
de mi venganza.

MARQUESA. ¿Qué haces?
Ve que Elisa es inocente.
Yo sola soy la culpable.

MARQUÉS. (Desde la primera puerta de la izquierda.)
Elisa.

MARQUESA. ¿Qué vas á hacer?

MARQUÉS. Decirla, pues no lo sabe,
á quién debe su existencia.

MARQUESA. ¡Qué! (Aterrorizada.)

MARQUÉS. Decirla que sus padres
fueron...

MARQUESA. (Idem.) Calla... Nunca, nunca.
Haz de mí cuanto te cuadre,
mas que Elisa nunca sepa,
que no sospeche ese ángel
esta historia; ¡que mi hija
jamás llegue á despreciarme!

MARQUÉS. Su desprecio es mi venganza.

MARQUESA. No puede ser. ¡Si no cabe
tanta maldad en un pecho!
Por Dios, por lo que más ames
en este mundo...

MARQUÉS. Es inútil.

MARQUESA. A tus piés. (Arrojándose á sus plantas.)

- MARQUÉS. (Apartándola á un lado.) Apártate.
(Llamando.) Elisa.
- MARQUESA. No; no será.
(Levantándose y corriendo á él.)
Mátame, si quieres, mátame,
mas no digas á mi hija
que yo...
- ELISA. (En la primera puerta de la izquierda.)
¿Llamabas?
- MARQUÉS. (A la Marquesa.) (Es tarde.)

ESCENA VII.

Dichos y ELISA.

- MARQUÉS. (A Elisa con decision.) Sí.
- MARQUESA. (¿Serás capaz?)
- MARQUÉS. (De todo.)
- MARQUESA. (¡Por piedad; que soy su madre!)
(Esto es una infamia horrible.)
(Como si le faltase el aire.)
Yo no puedo... Se me parte.
(Lleva las manos al corazon.)
Calla... Mi vista se turba.
¡Hija!... Andrés... ¡Ah!... perdonadme...
(Cae en brazos de Elisa.)
- ELISA. Favor, socorro... ¡Se muere!
Padre, venid y ayudadme
á llevarla hasta su cuarto.
¡Por piedad! ¡Ay, madre, madre!
(El Marqués y Elisa conducen á la Marquesa por la
primer puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, por el foro.

Me pareció haber oído...
 Pero no, que ilusión era;
 no se percibe siquiera
 el más pequeño ruido.
 Y este silencio á mi alma
 llena de triste inquietud;
 no es de la paz la quietud,
 es del sepulcro la calma.

(A somándose á la ventana por donde empezará á
 penetrar la débil claridad de la aurora.)

Ya el matutino arrebol
 el ancho espacio colora,
 y brillará tras la aurora
 más puro y hermoso el sol;
 miétras saludando al dia,
 con dulces trinos suaves,
 alzan las parleras aves
 himnos de amor y alegría.
 ¡ Oh, cuán horrible es la suerte
 del alma que dolorida
 contempla en torno la vida
 y dentro de sí la muerte !

ESCENA IX.

ENRIQUE, MARQUÉS.

(Enrique al ver aparecer al Marqués en la primera puerta de la izquierda se adelanta á él.)

ENRIQUE. Hermano.

MARQUÉS.

¡ Por Belcebú,

insensato, llega, sí!

(Le coge del brazo y le conduce hasta la primera puerta de la izquierda.)

¡Mira tu víctima allí!

ENRIQUE. ¡Muerta! (Retrocede horrorizado.)

MARQUÉS. Si. ¡Y aún vives tú!

ENRIQUE. ¡Muerta! (Pausa.) Hermano.

MARQUÉS. ¡Yo tu hermano!

No me ultrajes con tal nombre.

¿Yo ser hermano de un hombre tan cobarde y tan villano?

¿De un hombre, que, aunque me aflija el recuerdo solamente, dejó morir, inclemente en la miseria á su hija?

ENRIQUE. ¿Qué dices? ¿Ha muerto?

MARQUÉS. No.

¿Mas que te interesa á tí?

Si vive es para mí...

ENRIQUE. Pero su padre...

MARQUÉS. Soy yo.

(Pausa.)

Tú le diste el ser, es cierto; mas por el hambre acosada, hoy viviera deshonrada ó infeliz hubiera muerto.

Yo, por verla venturosa, con tierna solicitud

la enseñé á amar la virtud, y hoy es honrada y dichosa.

Responde, aunque no te cuadre;

¿quién hizo más de los dos?

y dí ahora, ¡vive Dios!

¿cual de los dos es su padre?

ENRIQUE. Mira lo que estoy penando: ten por piedad compasion...

MARQUÉS. (Con ironía.) ¡Concederte yo el perdon,
ahora que me estoy vengando!
Tú querias que quedara
sin castigo. ¡Bueno fuera!
Cien bocas tener quisiera
para escupirte á la cara.
Basta de inútil hablar;
salgamos pronto de aquí;
salgamos, que quiero en tí
mi sed de sangre saciar.
¡Tienes miedo!

ENRIQUE. (Reprimiéndose.) Hermano, hermano.

MARQUÉS. Con ese nombre me ofendes.
¡Te ultrajo y no te defiendes!
Si aún es poco...
(Se dirige á él con la mano levantada y Enrique
ciego por la ira le detiene el brazo.)

ENRIQUE. ¡Que! ¡Villano!

MARQUÉS. Al fin.

ENRIQUE. Aunque no me cuadre.

vamos...

(Al volverse para salir ve el retrato de su madre que
estará completamente iluminado por la luz rojiza
de la aurora.)

¡Ah! ¡Cielo divino! (Retrocediendo.)

MARQUÉS. ¿Qué?

ENRIQUE. (Mostrándole el retrato.)

¡Que nos cierra el camino
la sombra de nuestra madre!

(Quedan los dos un momento inmóviles frente al re-
trato.)

¡Recuerdas cómo gozaba
cuando en su amante regazo
unidos en dulce abrazo
dichosos nos contemplaba?
Y si alguna vez quizás
contigo yo me ofendia,
los hermanos, me decía,

no deben reñir jamás;
y con amante embeleso
llevándome hasta tu lado,
terminaba nuestro enfado
con un abrazo y un beso.

(Pausa.)

Hoy marchó léjos de España
para nunca más volver;
á mi hija déjame ver...
Hermano, templa tu saña;
yo nada decirla quiero...
La daré el último adios,
y os dejaré aquí á los dos
vivir, miéntras léjos muero.
Yo seré siempre infeliz,
miéntras me reste memoria...
¡Que ella no sepa esta historia
y sea al ménos feliz!
Aquí en tu vejez será
consuelo de tu quebranto...

(Con desesperacion.)

¡Su padre, que la ama tanto,
ya á verla no volverá!
Tú que eres noble y honrado,
hazla buena y virtuosa,
y sabiendo que es dichosa
seré ménos desgraciado.

MARQUÉS. (Conmovido.) Enrique...

ENRIQUE.

Ten compasion;

la hora es ya de la partida;
no hagas más triste mi vida
negándome tu perdon.

ESCENA FINAL.

Dichos y ELISA por la primera puerta da la izquierda. Sale enjugándose el llanto.

MARQUÉS. ¡ Elisa!

ENRIQUE. (Corriendo á su encuentro y abrazándola.)

¡ Hija de mi alma!

ELISA. Señor.

ENRIQUE.

Llora, llora, sí,
yo tambien lloro ¡ ay de mí!
la pérdida de mi calma.
Deja que el pesar me afija...
¡ Tú lloras muerta á una madre,
y yo, desgraciado padre,
la pérdida de una hija!
Llora, llora aquí, ángel santo,
sobre este pecho afligido,
y correrá confundido
con mis lágrimas tu llanto.

(Pausa ligera.)

Mas ya que de tí me alejo
darte un consejo queria;
nunca, por Dios, hija mia,
dés al olvido el consejo.
Quien su honor arroja al lodo
jamás recobra la calma;
que al perderlo pierde el alma
bienestar, ventura, todo...
Pues aunque falsa apariencia
encubra sus sentimientos,
eternos remordimientos
desgarrarán su conciencia.
Elisa, cuando feliz
pidas por tu madre al cielo,
pídele al Señor, consuelo

para este padre infeliz.
Yo tambien entre las olas
que agitan los aquilones,
enviaré mis bendiciones
á las playas españolas.

ELISA. (Llorando.) Señor.

ENRIQUE. No; llámame padre,
palabra santa y hermosa...

ELISA. ¡Padre mio!

ENRIQUE. (Dominándose.) Sé... dichosa...
y pide á Dios por tu madre.
Hermano, adios; mi alegría
á tu cariño confío.
(Abrazándole.)

MARQUÉS. Hermano.

ENRIQUE. ¡Hermano mio!

¡Adios! (Abraza á Elisa llorando.)

¡Adios!

(Al salir por el foro mirando á Elisa por última vez.)

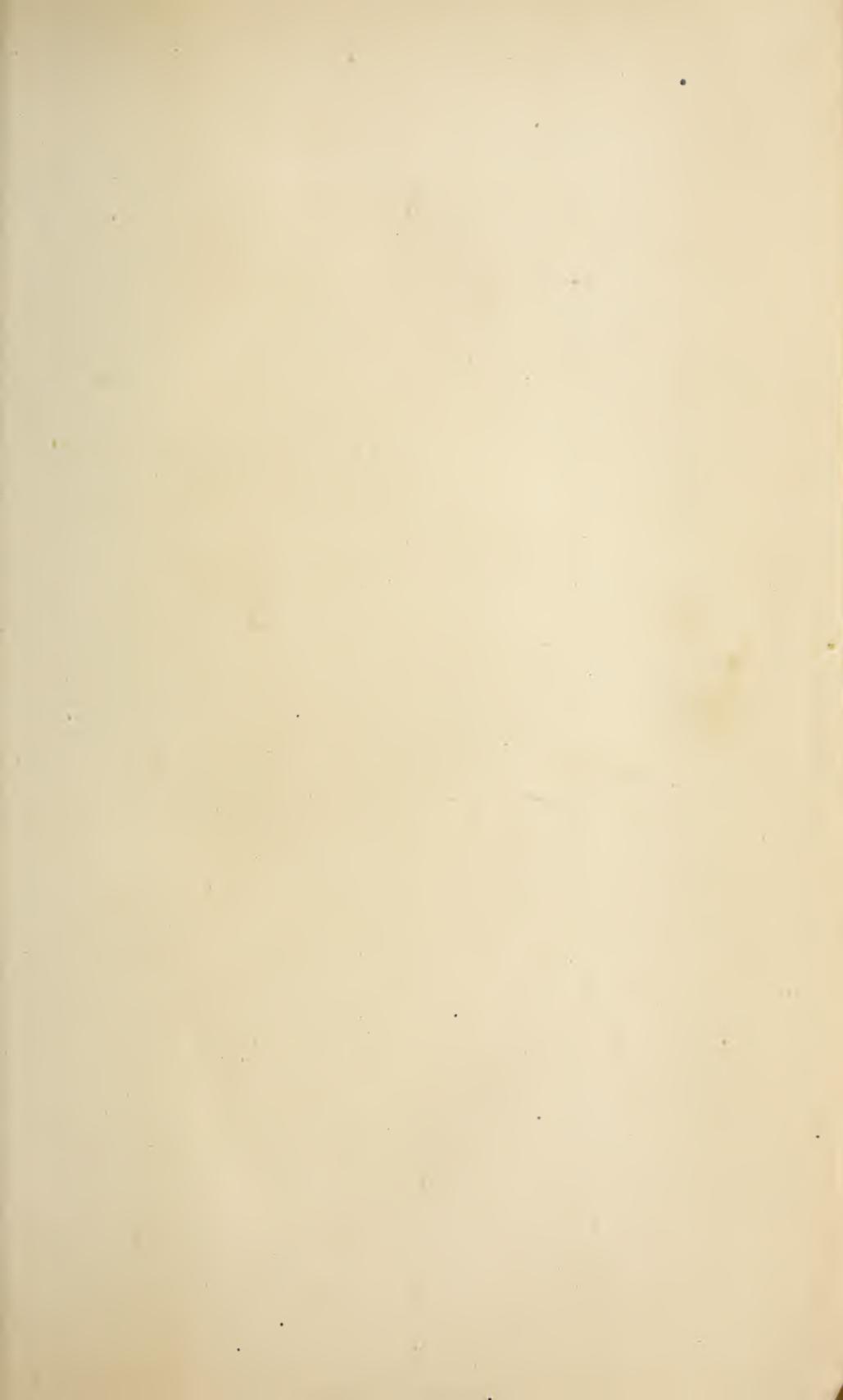
¡Hija mia!

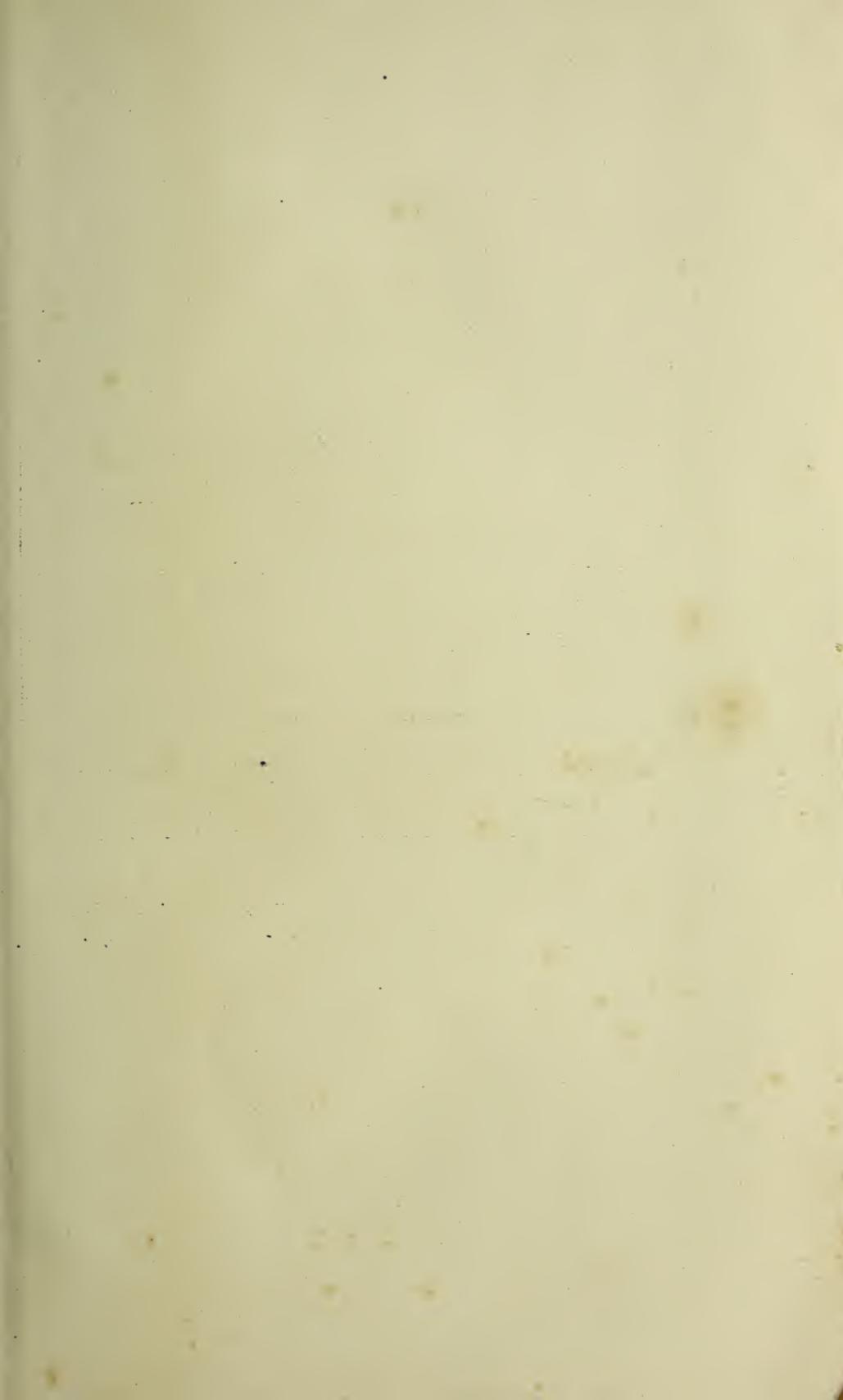
MARQUÉS. (Sí, sus dolores comprendo.)

(Abrazando á Elisa.)

De hoy más unidos los dos,
hija, pidamos á Dios
por los que *viven muriendo*.

FIN DEL DRAMA.





OBRAS DE JOSÉ SANCHEZ-ARJONA.

ENSAYOS POÉTICOS. — (Agotada.)

SUSPIROS Y LÁGRIMAS. — (Agotada.)

POESÍAS LÍRICAS Y LA VÍRGEN DE LA SERVILleta. —
(3.^a edición.)

PEQUEÑAS HISTORIAS. — (Edición de lujo.)

¡GUERRA!

CANTOS Y CUENTOS.

DRAMÁTICAS.

PADRES ANTE TODO. — Cuadro dramático en un acto y
en verso.

LA CIENCIA DE LAS MUJERES. — Comedia en un acto y
en verso.

¡NI EN ÁFRICA! — A propósito en un acto y en verso.

VIVIR MURIENDO. — Drama en tres actos y en verso.